



CHILINDRÓN Y LAS GAFAS DE LA FELICIDAD

A mitad de clase de geografía, se abrió la puerta y entró el Director del colegio que traía a un niño nuevo.

-Este es Juan Ortega. Se incorpora hoy al curso y será vuestro compañero.

El nuevo miraba al suelo avergonzado y lo sentaron en la mesa que estaba junto a la de Chilindrón. El nuevo era rubio, chico y muy blanco como un camarón antes de que lo cuezan.

-Tú te llamarás Camarón Ortega, dijo uno de delante.

- Pues bueno, respondió el nuevo.

El nuevo hablaba muy fino, con todas las eses, porque venía de Burgos. Lo de camarón le cuadraba muy bien, aunque no supiera cantar por Camarón.

Camarón Ortega era tímido y hablaba poco, pero entendía al maestro a la primera y en todo sacaba buenas notas, porque tenía gafas y detrás unos ojos azules y chiquitines que igual sonreían que se quedaban tristes al resolver la X de una ecuación.

Los grandes descubrimientos de la humanidad se han hecho por una feliz casualidad. Así corre el mundo y así ocurrió una mañana, exactamente a la mitad de un examen, cuando Chilindrón no sabía qué responder a dos preguntas. Chilindrón miraba al techo y tenía la horrible Visión de la Zapatilla Voladora de su madre que siempre, sin fallar jamás, aterrizzaba en su cucu. Fue entonces cuando se le ocurrió, mientras se volvía a su compañero:

-Ortega, préstame las gafas.

Cuando se las puso, veía unas letras muy grandes y otras muy pequeñas, y casi se mareaba. Entonces ocurrió lo inesperado: Chilindrón se acordó de las respuestas. Le devolvió las gafas a Ortega y respondió a las preguntas. En fin, que las gafas te hacen saber cosas que habías olvidado y, con ellas, hasta las entiendes mejor. Entonces comprendió que él debía tener unas gafas como las de Camarón Ortega.

Al salir de clase, Chilindrón entró en una óptica, se acercó al mostrador y se puso delante de una mujer con bata:

-Necesito unas gafas.

La chica lo miraba sin acabar de creérselo.

--Pero, vamos a ver: ¿dónde está tu madre?

-Necesito unas gafas como ésas y Chilindrón las señalaba en una vitrina.

-Pero antes tendremos que graduarte la vista. Ven el sábado con tus padres.

Chilindrón salió por donde había entrado. Él necesitaba unas gafas ya. Entró en una farmacia y en el mostrador vio unas gafas pequeñas de esas que apenas cubren los ojos.

-Necesito unas gafas como ésas.

La farmacéutica dijo bien alto a la clientela: "Señores, este niño quiere unas gafas para la vista cansada", y la gente se echó a reír. ¡Qué bochorno! Chilindrón se fue avergonzado.

En la esquina había una tienda de chinos. En el escaparate habían puesto unas gafas de plástico.

-Necesito esas gafas.

El chino se las trajo. Era una de esas gafas para disfrazarse en carnaval.

-Gafas y naliz, sesenta céntimos de eulo, dijo el chino

Y es que las gafas iban pegadas a un narigón de plástico. Pagó y salió. Más valían esas gafas, con su nariz y todo, que ninguna. Al ponérselas Chilindrón se supo más inteligente que cualquiera, más incluso que Camarón Ortega, aunque su compañero tuviera unas gafas de verdad. En la acera un niño señaló a Chilindrón y su madre se reía. Pero cuando se acercó a la señora y la miró levantando mucho la cara, con las gafas y la narizota imponente, la señora se calló porque comprendía que estaba delante de un superdotado.

En los exámenes, Chilindrón sacaba en secreto la nariz y las gafas, se las ponía de prisa mientras leía las preguntas, y luego las guardaba. Aquellas gafas funcionaban de verdad: responder era pan comido. El recreo del jueves, el curso de Chilindrón jugó al fútbol contra los mayores. El partido prometía emociones porque los del tercero B llevaban toda la semana calentando el patio con sus hablillas.

Camarón Ortega jugaba de lateral zurdo y Chilindrón de delantero. Ortega se había quitado las gafas para jugar y eso no podía presagiar nada bueno. El partido era a media hora sin descanso ni árbitro. Las faltas se pitaban según protestara el público. Minuto 7. Gol. Ganan los mayores. Minutos 23. Gol. Empate. Faltaban siete minutos para el timbre y la gente aplaudía a rabiar. Chilindrón se interna por el área rival, hace un caño al defensa y encara solo la portería. Se dispone a chut...Y el delantero cae derribado. Chilindrón cargó la mano en la representación. Se revolcaba por el suelo, gesticulaba, ponía los ojos en blanco, se llevaba la mano a la rodilla. El público abroncaba a la defensa de los mayores. Así que se pitó penalti por aclamación popular. Minuto 28. Chilindrón se levanta sano y salvo del suelo. Coloca el balón en el punto de penalti. El área se queda vacía. El portero y él están solos frente a frente, como en Duelo al sol en OK Corral. El timbre está a punto de tocar. Chilindrón mira la pelota y al portero. Entonces da media vuelta, sale del campo y se pone las gafas de la felicidad con su narizón enorme. El portero y el público están desconcertados. Chilindrón se acerca al balón y mira al cielo con su narizota enorme y sus gafas sin cristal. Toma carrerilla, dispara...Y toca el timbre. Y gol, goooool de Chilindrón en el descuento.

A la mañana siguiente, en el patio del recreo todos los de su clase llevaban unas gafas iguales que las de Chilindrón. Gafa y naliz, sesenta céntimos de eulo. Y resulta que eso era la felicidad.

Imagen: <http://elzo-meridianos.blogspot.com.es/2014/08/como-ver-sin-gafas.html>